

# Camino a ninguna parte

RAMON AYMERICH

LA VANGUARDIA, 17.01.09

El déficit público español supera ya el 3%, lo que vulnera los acuerdos del tratado de Maastricht. Pero no hay problema, porque como dice Pedro Solbes, la mitad de los países de la Unión están igual y la Comisión Europea no los sancionará. Standard & Poor's, la agencia que analiza la solvencia de empresas y países, ha rebajado la valoración de la deuda pública española. Pero, según José Luis Rodríguez Zapatero, tampoco importa porque las agencias de calificación están desacreditadas tras su lamentable papel en la crisis financiera (en la que, aparentemente, no se enteraron de nada).

La economía ha entrado en un paréntesis en el que las normas parecen haber quedado en suspenso. Hoy los estados tienen que inyectar dinero en la economía y acumular déficit. No hacerlo sería una estupidez. Pero nadie dice qué debe hacerse con los acuerdos de Maastricht, si revisarlos, suspenderlos o hacer como si no existieran. Lo mismo ocurre con las agencias de calificación. Nadie las defiende. Pero ahí están.

La crisis financiera ha llevado a pensar que algunas de las ideas fuerza de las últimas décadas deben ser revisadas. El papel del Estado en la economía y la desregulación de los mercados, entre otras. Es el regreso, dicen, de las políticas keynesianas. Sin embargo, no es eso exactamente lo que está ocurriendo. El Estado interviene, ayuda a la banca, pero todo el mundo mira para otro lado y nadie saca conclusiones.

Se tiene por hecho que Keynes triunfó en la posguerra europea porque la suya era la receta adecuada para salvar un capitalismo desprestigiado frente a la esperanza en el futuro que ofrecía el comunismo. Pero se olvida a menudo que era también un hombre con experiencia en la Administración. Y que fue esa capacidad práctica, esa habilidad para pensar en el futuro inmediato - en aquel momento, la urgencia en erradicar el paro de masas-, lo que propició la derrota intelectual de su gran oponente, Friedrich von Hayek, ariete intelectual de los neoclásicos, más preocupado entonces por el medio plazo y la utopía. Para suerte de los ciudadanos de los países occidentales y del capitalismo, ganó Keynes.

Los analistas conceden a Barak Obama el papel de gran reformador del siglo XXI, del nuevo Roosevelt que deberá construir un nuevo contrato social. Que así sea. Pero cuesta mucho más encontrar al hombre que deberá interpretar el papel de Keynes, o mejor dicho, dar con el empuje intelectual alternativo a la doctrina de libre mercado que todavía hoy domina el escenario. Entre otras razones porque la izquierda - de la socialdemócrata a la liberal, de los herederos de Tony Blair a los estrategas del tripartito local- está mucho más entregada a las doctrinas que han estado vigentes en los últimos treinta años. Un mundo está muriendo. Pero no está claro qué es lo que estamos alumbrando.